

CLUB DEL MISTERIO

JOHN McPARTLAND



**LA HIJA  
DEL HAMPA**

**23**

«Wild» quiere decir «salvaje». Y Wild Kearny, la hija del famoso «Rojo» Kearny era exactamente eso: una salvaje.

Su padre era el hombre más importante del hampa neoyorquina. Y eso la colocaba a ella en California en situación de decidir en lo que se refería a su vida. Podía hacer lo que quisiera, andar con quien quisiera, amar a quien quisiera. Pero en su libre camino, la muerte bajó una barrera.

Y Wild descubrió entonces que su vida –como la de todos– oscilaba entre dos polos. Los de ella eran Buddy Brown, que le enseña cuán mala podía ser. Y Jim Work, a cuyo lado descubrió cuán noble, bella y dulce podía ser su vida. Y en ese descubrimiento encontró la otra faz del horrible rostro de la muerte.

# Orden de aparición *de los personajes*

JIM WORK, un muchacho decente y pegador.

ROBERT BROWN, lo llamaban «Buddy» y era una porquería de tipo.

WILD KEARNY, pelirroja, peligrosa, pendenciera.

PEN BROOKS, la amiguita que dio aquel mal paso.

PETE BARROW, un muchacho que pone mucho cuidado en vestirse y ninguno en vivir.

El «Rojo» KEARNY, mezcla de buen padre de familia y «gángster» modelo.

JOE SANDODERA, un tipo que más vale perderlo que encontrarlo.

BILLY DOOLEY, un hombre que es la magia y la poesía.

DEE y MARCY, dos chicas que saben arreglarse por sí mismas.

HIDEO, un japonés que creía saber judo.

La señora SUE BARROW WORTON HENDERVILLE, una dama con muchos apellidos y poca vergüenza.

MAX SHOENBERG, un abogado inteligente y comprensivo.

# Capítulo 1

Iba conduciendo un MG –coche inglés modelo *sport* de carrocería baja– y le gustaba hacer chillar a los neumáticos, cosa que habitualmente sucede con los que manejan coches *sport*. Oí el chirrido de sus cubiertas cuando tomó la curva y luego lo vi cruzar frente a mí como una cucaracha roja. Mi coche se precipitó sobre el suyo, y la cucaracha se dio vuelta derramándolo sobre el pavimento, junto con la chica que lo acompañaba.

Cuando nuestros paragolpes se tocaron, yo había virado rápidamente hacia la derecha, y por eso el choque no llegó a ser tan violento. Me bajé muy apurado, furioso y ansioso por irme.

El piloto del MG también se había levantado y estaba listo para seguir. La muchacha estaba a su lado sacudiendo la pollera que cubría sus largas piernas. Nadie había recibido ni tan siquiera un rasguño.

Era un muchacho alto, delgado, de rostro pálido y ojos oscuros, ardientes. Alcancé a ver todo eso antes de que su puño izquierdo se introdujera en mi cara. Y no era un golpe de película, no; era un puñetazo fuerte, duro, de boxeador.

Yo quedé mirando al cielo azul bordado de nubes.

Sentía el rostro endurecido, porque este muchacho decididamente tenía una trompada explosiva. Traté de darme vuelta rápido, porque pisarle la cara a un hombre que está en el suelo se ha convertido en un deporte muy popular en estos tiempos. Tuve razón, pero me demoré un poco. Vi venir el taco y levanté la mano. Pero el taco se alejó de mí y yo empecé a incorporarme.

La muchacha lo había tomado de atrás, haciendo arrugar el saco en sus anchos hombros; además le había apoyado la rodilla derecha en la espalda. Seguro que esta chica sabía actuar en casos de emergencia. Sabía exactamente lo que debía hacer para evitar que su amiguito me hiciera un puré con la nariz y los dientes.

Yo ya estaba de pie y listo para seguir, pero él había quedado satisfecho con ese solo puñetazo. Se estaba riendo con la cabeza echada hacia atrás, su pálida cara angosta y sus dientes brillando al sol.

La muchacha había estado hablándole lentamente y en voz baja, y él asentía y le sonreía. Era un muchacho verdaderamente alto. Quizá 1,85 o hasta 1,90. Y ella, para ser mujer, también era alta, con su cabello rubio corto y parecía serena y distinguida, incluso en este momento. Ya se habían reunido alrededor de nosotros unas diez personas, y más se acercaban a la carrera.

–Me puse un poco nervioso –me dijo el muchacho alto –. Ya hablaremos de eso más tarde. Ahora saquemos estas porquerías de la calle.

La chica bajó la rodilla y le soltó el saco. Él me seguía sonriendo pero sus ojos negros vigilaban alertas el menor indicio de mis músculos.

–Bueno, ya vamos a hablar más tarde –acepté yo, y nuestros ojos se encontraron. Ninguno quiso bajar la vista. Todo lo que veía ahora eran esos ojos negros, y me imaginé que todo lo que veía él eran mis ojos, grises según me han dicho.

Si nos hubiésemos mirado diez segundos más, todo habría recommenzado. Yo estaba dispuesto; jadeaba un poco, pero esta vez estaba relajado y bien equilibrado sobre el piso, esperándolo. Un muchacho con una izquierda que parecía un balazo, y era de esos que cuando lo tienen a uno en el suelo aprovechan para liquidarlo del todo... Sí, sería interesante.

A nuestro alrededor crecía el murmullo, y en ese momento la ley se abrió paso entre los curiosos. Estábamos en la absurda población de Carmel-by-the-Sea, en el Estado de California, y allí la ley es profesional y competente. Es como suele ser la ley siempre que se dispone de millones de dólares para que funcione.

Él apartó la vista cuando oímos la voz del policía. Ya sabía dos cosas acerca de ese muchacho alto y pálido. Que era un pegador fuerte y malvado. Y que había sido el primero en apartar la vista.

Tres cosas. Le gustaba exhibirse en coches *sport*.

Pero sabía algo más todavía. Estaba con una muchacha hermosa que tenía piernas esbeltas y doradas y que sabía hacer algunas cosas raras. Como yo sabía ya que tendríamos que volver a encontrarnos, me pareció que sería bueno conocerla también a ella.

Los ciudadanos que nos rodeaban, el muchacho, la ley y yo, empujamos al MG hasta que lo volvimos a poner sobre el camino. Había quedado un poco abollado de un lado. Pero eso era todo. La muchacha se estaba sacudiendo el polvo, y yo la miré un momento largo antes de volver a mi propio auto. El guardabarros de la izquierda se había doblado y apretaba la rueda delantera. Yo lo enderecé. Pero ahora ya había llegado un coche patrullero y la multitud se componía de un montón de rostros muy serios que contemplaban al muchacho alto, a la chica y a mí como si los tres constituyésemos un número de circo. La ley se mostraba amistosa. No había habido ningún daño serio y nadie estaba herido, de modo que tomaron nuestros nombres y declaraciones y dieron por finalizado el episodio.

Ella se llamaba Wild Kearny (!). No era un sobrenombre, ni tampoco uno de esos seudónimos absurdos que suelen imaginar los agentes publicitarios; ella realmente se llamaba Wild, porque ése era el apellido materno, se-

gún le explicó al policía. Vivía en Carmel, pero su familia estaba en el Este, lejos, en Connecticut.

El muchacho delgado de puños duros era un sencillo Robert Brown de Los Angeles. Wild lo llamaba Buddy cuando se dirigía a él, y ése resultó ser el nombre que le daban todos: Buddy Brown.

Yo di mi nombre y todo lo demás al hombre de voz suave vestido de uniforme. Gene Work, 25 años, residencia en Chicago. Circunstancialmente allí para ir a la universidad. Hacía tres semanas había sido dado de baja del ejército. Sí, había estado en Corea. No, no tenía una gran opinión de Corea. Resultó que el policía también había estado allí. Y tampoco él tenía una gran opinión de Corea.

Ahora todo el mundo se mostraba simpático con todo el mundo, de modo que los curiosos empezaron a seguir cada uno su camino. La ley verificó nuestros carnets de conductores y luego las direcciones, los frenos y los faros de los dos vehículos; nos dieron esa definitiva mirada de arriba abajo y luego todos los uniformados volvieron a subirse al patrullero. Ahora los tres habíamos quedado relativamente solos en medio del camino bajo el brillante sol californiano en esa brillante tarde de un sábado de enero.

–Bueno, ¿qué hacemos? –dijo Buddy Brown. Estaba sonriendo como si recordara la última vez que se había visto en una situación como ésta, y en cuán complicado había sido entonces y también en cuán divertido había sido.

–Usted no conduce ese MG como si alguna vez le hubiesen enseñado a manejar –dije.

–Bueno, vayamos a alguna parte adonde usted pueda enseñarme cómo debiera manejar mi coche –dijo Buddy, y ahora había una mueca desagradable en su cara.

–Vayamos al zoo –dijo Wild Kearny.

Yo iba a tener que romperle la cara a este Buddy Brown. Porque Wild Kearny parecía ese tipo de chica que siempre se quedaría con el ganador, y no con el perdedor.

Con el ganador del torneo máximo de la máxima categoría, y no con el que llegara segundo en ese mismo torneo. No era el tipo de chica que yo estaba acostumbrado a tratar.

—¿Quieres ir al zoo y ver a la gente, muchacho? —me preguntó Buddy.

—Donde quiera y cuando quiera —contesté.

—Bueno, no se desprenda de nosotros. —Se deslizaron en esos baldecitos que el MG tiene por asientos, y Wild con la mano me hizo señas de que los siguiera.

Yo subí a mi coche. Buddy hizo chillar a los neumáticos y retomó el centro de la carretera. Yo lo seguí.

Ya hacía tres semanas que el teniente a cargo del fuerte Ord, distante pocas millas, me había dado los pocos centenares de dólares que me debían y el certificado en que constaba que yo había dedicado 23 meses de mi vida a servir a mi Tío Sam. En Chicago no me quedaba nadie más que algunos viejos parientes de mi padre, ningún trabajo que me atrajese, ninguna razón valedera para que yo volviese allí.

En la península de Monterrey estaba situada una de las mejores universidades pequeñas del país, alguno de los bares más simpáticos del mundo, tres *links* de golf y un cielo azul y despejado en pleno mes de enero. Sólo una vez en la vida y durante doce meses se tienen 25 años; entonces es mejor que ese solo año sea inolvidable. Y yo iba a pasarlo rondando el mejor sitio que había conocido en mi inmenso país: Monterrey.

El MG rojo describió una curva cerrada, dobló una esquina y tomó por un camino estrecho. Yo lo seguía a unos veinte metros. Esta era la parte de Carmel que más me gustaba: muchos árboles, muchas flores, y unas hermosas casitas semiescondidas entre el follaje. El Carmel céntrico estaba construido para que los turistas dijeran: «¡Qué raro!»; pero aquí en la sierra era donde vivía la gente que sabía vivir.

De todos modos, enero nunca había sido así en Chicago. Ni en Corea.

Buddy Brown metió el MG por el portón de una residencia y a los pocos metros se detuvo. Yo frené detrás de él y miré bajar a Wild Kearny. Era una linda muchacha. Su figura era graciosa sin esfuerzo. Su cabello era de un dorado de tigre, natural y hermoso. Su rostro, el de la hermana menor de uno, que de pronto se ha vuelto mujer.

El muchacho alto y delgado sacó trabajosamente sus largas piernas de abajo del volante, salió del coche y se quedó mirándome.

—Bueno, ¿qué pasa ahora? —le pregunté, acercándome a él. Wild seguía allí, mirándome con Ojos fríos e indiferentes. Yo era el extraño que había chocado el auto de Buddy y a quien éste había derribado de un solo puñetazo. El extraño cuya nariz y ojos y dientes ella había salvado de convertirse en papilla. Era un cualquiera.

Pero para mí, Wild Kearny era *la* mujer. Bastó que la mirara unos pocos minutos para que estuviese seguro de ello. Tenía la belleza, el ardor, la elegancia que sólo una mujer podía tener para mí.

—Ahora no pasa nada —dijo ella—. Vamos a entrar y escuchar un poco de música. Eso es todo. Aquí vivimos yo y otra chica, y lo llamamos el Zoológico. Es un zoo sin jaulas.

Había otros dos automóviles estacionados en esa casa, un coche europeo de carrocería gris y un Jaguar negro de carrocería baja y lustrosa. Mi Ford 49 parecía un torpe elefante en medio de ellos.

Ellos abrían la marcha y yo me demoré mirando esa belleza gris. Era un Nash-Healey; yo había leído acerca de estos coches, pero nunca había visto ninguno. Jaguar y MG se veían muchos en la península de Monterrey, pero este Healey me resultaba algo completamente nuevo.

La casa de Wild era una especie de Cottage construido con piedra y maderas al cual la pátina de tiempo había dado un leve color gris. Las enredaderas cubrían casi total-

mente las paredes. Yo lo seguí por una escalinata de tres escalones, y entramos a una amplia habitación con una gran chimenea. Una muchacha y tres jóvenes levantaron la vista para mirarnos; la muchacha alzó un brazo y saludó a Wild y luego me miró a mí sin mucho interés. Era una linda mujer, pero sin ese elemento arrollador que había en Wild.

Wild hizo las presentaciones, como se hacen siempre. La muchacha se llamaba Pen Brooks. Sonrió, se fijó en mi ropa, en mi cuerpo, y en algunos imponderables que las muchachas parecen conocer, y luego apartó la mirada.

No recuerdo los nombres de quienes la rodeaban. Uno de ellos llevaba un arrugado pantalón de algodón y un *pullover* de cuello alto; otro, pantalones muy ajustados de un negro azabache; el tercero, camisa de gabardina, *breeches* y botas altas. Tenían un aire de Princeton. Y sabía que cualquiera podría reconocer los nombres de estos tres; seguramente tenían dinero y sabían cómo gastarlo. Tendrían mujeres y vivirían de ese modo alegre y costoso del cual la mayoría de la gente sólo sabe lo que lee.

Buddy me estaba mirando, y nuestros ojos se encontraron. La verdad es que no nos gustábamos nada uno al otro. Pero él me llevaba uno de ventaja. Era él quien se podía reír de mí.

Wild fue a la cocina que quedaba a un lado y volvió con tres vasos altos de cerveza. Los otros cuatro siguieron escuchando el disco de Stan Kenton, nada nuevo, nada interesante. Sobre el piso había unos cuantos palos de golf en una bolsa, y sobre una biblioteca una Rolleiflex último modelo. El combinado era de alta fidelidad, y en todo ese lugar había un aire de altísima calidad.

—¿Le gusta Kenton? —me preguntó Buddy, sonriendo.

—Ha cambiado mucho —contesté yo—. Ahora dice algo, o trata de decir algo, que yo no llego a entender. Quizá tampoco él lo entienda, pero de todas maneras trata de decirlo.

Wild estaba mirándonos, y escuchaba. Buddy asintió.

–Eso es muy bueno, muchacho.

–Siempre eres la misma porquería, Buddy –dijo Wild, poniéndose de pie. Se dirigió a mí.

–Me gustó eso que dijo usted de Kenton.

Sabía que ya me tenía; las muchachas llegan a descubrir esas cosas, y creo que estaba un poco incómoda, y hasta quizá que me tenía un poco de lástima.

–¿Y Dave Brubeck? ¿Qué dice ése? –preguntó Buddy.

–Sólo lo escuché un par de veces. No sé.

–¿Qué se propone hacer con mi coche?

El cambio de ritmo fue deliberado. Su rostro permaneció impassible. Ahora esperaba que yo protestara, que dijera que él se me había cruzado, que yo perdiera el equilibrio. Wild se había mostrado cordial conmigo, y yo sabía que eso lo había endurecido. Para Buddy no había más que un escenario, y la persona iluminada por los reflectores era él. En el público no había más que mujeres. Los hombres estaban para ser enfrentados y derrotados, destruidos.

–¿Tiene seguro? –le pregunté.

–¿Y eso qué tiene que ver?

–Quizá el seguro pague los arreglos.

–¿Usted está fundido? ¿No tiene plata?

Ninguno de los otros se molestaba en escucharnos ni en mirarnos. Y yo podía sentir los ojos de Wild fijos en mí. Me pregunté a cuántos hombres había visto atropellados por Buddy.

–Usted no sabe manejar. Al final de cuentas, usted es un mocoso –dije. Esperé esa izquierda, pero no vino.

Él se quedó sereno y pensativo.

–Hay espacio detrás de la casa. Quizá prefiera usted quitarse el saco y la camisa. –Él ya se estaba soltando el nudo de la corbata y desabrochando su camisa blanca de nylon.

El muchacho de *pullover* alto levantó la vista y meneó la cabeza:

–Brown el Destripador anda suelto otra vez.

–Yo no sé cómo no se aburre. A todos los aburre –dijo Pen Brooks.

Yo me desnudé medio cuerpo, tal como lo estaba haciendo Buddy. Era delgado, con hombros extremadamente anchos, y mucho más musculoso de lo que suelen serlo los hombres de su peso. Wild bebió su cerveza.

–Buena suerte, muchacho –dijo el de botas–. Nosotros hinchamos por usted.

–Traten de no hacer mucho ruido –dijo el de los pantalones negros.

Brown y yo salimos afuera. Había un espacio abierto. Brown me pegó un puntapié en el tobillo y me pegó mientras caía.

## Capítulo 2

Me dejó levantar porque quería divertirse un poco. Yo había perdido el equilibrio y él me golpeó dos veces en la cara echándome hacia atrás la cabeza. Estaba tratando de que me cortara los labios con mis propios dientes. Yo volví a la carga, y busqué el *clinch*. Esos brazos largos y móviles me podrían hacer mucho daño en una pelea a distancia. Y encontré el *clinch*; me levantó ferozmente la cabeza con la muñeca de su izquierda colocándola debajo de mi barbilla. Esta vez, cuando trataba de levantarme, logró pegarme unos cuantos puntapiés en la cabeza y las costillas.

Había una bolsa de dolor. Esa bolsa era yo.

Quizá me miró después de patearme, o quizá se alejó sencillamente. Después de un tiempo logré sentarme.

No había ninguna razón para maldecir a Brown. Me había ganado. Un puntapié en el tobillo para empezar la pelea era algo perfectamente legal en sus reglas; también un cuchillo o una manopla habrían sido perfectamente legales en sus reglas. Yo tenía que ajustarme a ellas o no jugar. Y yo quería jugar.

Pen Brooks y uno de los muchachos salieron y me ayudaron a levantarme. Pen tenía una toalla mojada y con ella me limpió un poco la cara. No creo que lo haya hecho por compasión, sino que sencillamente habrá querido ver cómo le quedaba a uno la cara.

—¿Está bien, amigo? ¿Podrá llegar a su casa? —me preguntaba el hombre del *pullover* alto.

—Sí, seguro —murmuré.

—Este Buddy es un hueso duro de pelar —dijo Pen. Hablaba con él y no conmigo. Me di cuenta por el cambio de

tono.

Al hombre no le gustó.

–Sí, es bien duro.

Pen sonrió. Tenía la boca entreabierta, y los ojos brillantes. Estaba excitada, cosa que suele suceder a las mujeres en estos casos. Pero no era conmigo.

–Será mejor que lo llevemos a la casa por un momento. Todavía está sangrando.

–Es que va a ensuciar.

–Oh, eso se arregla. Ya limpiaremos después.

Yo me sentía estúpido y torpe. Eso me dolía más que la cara o los riñones. El muchacho del *pullover* tuvo que ayudarme a ponerme de pie y caminar hasta la casa.

Wild Kearny estaba sentada en un sillón con las piernas sobre uno de los brazos, la pollera subida bastante por encima de la rodilla, exhibiendo sus piernas largas y doradas. Un disco de George Shearing giraba en el combinado.

–Lo siento –dijo ella mirándome–. Pero esta vez usted se la buscó.

–Sí, no me fue muy bien. –Me costaba trabajo hablar. Tenía la boca un poco hinchada y con coágulos de sangre.

–Vaya allí y lávese. Después quizá le venga bien una cerveza o algo así.

Apartó la vista. Era la única mujer en el mundo para mí y su galán acababa de hacerme pedazos sin que yo lograra ni tan siquiera hacerlo jadear. Yo me di vuelta y miré a Buddy Brown. Estaba parado junto a la chimenea y podía oírlo hablando con el hombre de pantalón negro.

–Entonces, estas dos busconas de París toman el barco a Norteamérica. Llegan a la bahía de Nueva York y ven la estatua de la Libertad. Entonces, una le dice a la otra: «¿Y ese monumento? ¿A quién se lo hicieron?»

El otro se rió. Brown levantó la vista y me miró.

–Hola, mocoso –dijo, con el rostro muy serio. La risa iba por dentro.

Yo fui al baño y empecé a lavarme la cara y los brazos. Uno de los muchachos me trajo la camisa y el saco. Me los puse y me miré en el espejo. Es maravilloso, pensé, tener 25 años en una ciudad ociosa como Carmel y servir de *punching-ball* a un jugador sucio como Buddy Brown.

Volví a la sala. Wild Kearny no había cambiado de postura, pero Buddy Brown se había ido. Los otros estaban tomando cerveza, charlando, riendo, escuchando. Esta vez una vieja grabación de Artie Shaw.

–Venga y siéntese, si quiere –dijo Wild–. Allí hay cerveza.

Donde ella me indicó encontré una caja de latas de cerveza, helada, con un velo de rocío. Perforé una lata y volví hasta donde estaba Wild. Me dolió un poco el movimiento que tuve que hacer para sentarme en el suelo al lado de ella.

–¿Se siente bien? –me preguntó.

–No.

La cerveza era excelente y me hacía arder las heridas que tenía en los labios.

–Buddy se fue. Va a tratar de encontrar un taller abierto para que le arreglen el coche. Siempre le gusta que su coche sea perfecto como una noche de bodas.

–¿Y las noches de bodas son perfectas? –Me pareció que era una metáfora extraña para aplicársela a un automóvil.

–Así dicen –me contestó Wild. Tenía unos ojos enormes y maravillosos.

–¿Quiénes lo dicen?

Ella se echó a reír.

–Usted ya sabe quiénes son. Son los mismos que determinan las reglas y dicen lo que se debe y lo que no se debe hacer. Cómo deben ser las noches de bodas, por ejemplo, o las muchachas, o qué se debe beber en cada ocasión, o cómo se debe jugar al tenis.